

VIAJE POR NUEVA YORK A EUROPA

Cuando nuestro primogénito había cumplido unos cinco meses Elisabeth no pudo resistirse al deseo de presentarlo a la familia en Alemania, y como me esperaba un tiempo movido, con muchos viajes, decidimos que estuviera allí medio año. El viaje hasta la costa lo haríamos juntos. Elisabeth y nuestro hijo se embarcarían en un vapor directo a Alemania, mientras que yo, después de una breve estadía en Barranquilla, debía ir nuevamente a Nueva York, en viaje relacionado con el aumento del capital, no sin antes, por pedido del Consejo de Supervisión de Bremen —que en realidad había surgido de una idea poco prometedora, pero obstinada de Thiel— visitar a la República de Panamá para constatar si en ella podría tener perspectivas de éxito la fundación de una sucursal de nuestro banco.

A comienzos de mayo de 1927 partimos de Medellín. El viaje río abajo lo hicimos esta vez en avión y sin percances. En Barranquilla no nos quedamos mucho tiempo, sino que pasamos los días previos a la partida de Elisabeth en el hotel Atlántico, en Puerto Colombia.

Tras la partida de Elisabeth inicié mi viaje. Primero abordé el vapor italiano Venezuela rumbo a Colón. Allí, así como en la capital de Panamá, teníamos la empresa americana Eisenmann & Eleta Co. (American Bazaar) como agentes de nuestro banco. Tenía las expectativas de conocer personalmente a la gente cuyo buen trato a quienes otorgábamos cartas de crédito en ambas plazas era siempre elogiado, pero solo encontré a Eleta, de origen español. Eisenmann estaba ausente, en un viaje de negocios.

Fui recibido por Eleta de forma muy amable y pasé unos días agradables en la ciudad, para mí nueva e interesante, a excepción del poco atractivo hotel Central en el cual me hospedé. Era mi primer encuentro con el océano Pacífico y el canal de Panamá, sin tener en cuenta que ya había visitado la desembocadura atlántica en mi salida con Elisabeth en diciembre de 1925. Me gustó muchísimo el viaje en tren a la par del canal, que no solo permitía muchas vistas de este, sino que también pasaba a través de regiones con paisajes hermosos, las cuales se distinguían por una opulenta vegetación tropical. Era llamativo en todas partes el contraste entre los edificios y urbanizaciones construidos

por el Gobierno estadounidense y las viviendas en parte aun extremadamente primitivas de los nativos. Hasta no hace mucho el área aledaña al canal de Panamá tenía mala fama desde el punto de vista sanitario, ¡se decía que la construcción del ferrocarril había costado una vida humana por cada traviesa instalada! Ahora toda la zona del canal estaba casi por completo saneada. La plaga de los mosquitos era combatida sin pausa, de tal manera que ya no se presentaban pestes de malaria, el suministro de agua se hacía a través de un modelo ejemplar en Ciudad de Panamá y Colón, y también fue reducido al mínimo el peligro de fiebre tifoidea. Tuve la oportunidad de visitar la planta de agua Miraflores, que abastecía a la Ciudad de Panamá. Transformaba las aguas espumosas y turbias del río Chagres en agua potable impecable. Al mismo tiempo, conocí al constructor de esta y muchas otras estaciones de depuración de aguas residuales en Sudamérica tropical, el doctor Bunker. Poco después se le encargó la construcción de estas estaciones en Barranquilla y Cali.



Canal de Panamá

El lenguaje coloquial era aún mayoritariamente español. Sin embargo, los círculos de habla inglesa de la población urbana crecían decididamente. En lo que respecta a las expectativas comerciales de una sucursal de nuestro banco, vi después de pocos días lo que ya había sospechado, que para eso no existía la más mínima posibilidad. Los bancos existentes eran más que suficientes y para las transacciones de dinero relacionadas con la administración del canal,

que tenían carácter más o menos oficial, por supuesto solo eran pertinentes los bancos norteamericanos.

Después de pasar un día o dos más en el hermoso Washington Hotel, en Colón, continué mi ruta en un vapor americano bastante viejo y de ninguna manera lujoso.

El viaje a Nueva York, con estadía en Kingston (Jamaica), transcurrió con buen tiempo y sin incidentes especiales. En esta capital subió un interesante pasajero a bordo, Mr. Di Giorgi, de la Di Giorgi Fruit Co., multimillonario. Empezó como pequeño comerciante de frutas hasta lograr la posición de ese momento. Como me contaron, al comienzo ni siquiera tenía una tienda, sino que las conducía en una carreta por las calles.

Los pasajeros restantes eran en su mayoría comerciantes norteamericanos. Además había a bordo dos típicas representantes del mundo femenino norteamericano de esa época, es decir, una mujer de negocios muy exitosa y una así llamada *flapper*¹¹. La comerciante, según me contaron, poseía una próspera cadena de salones de belleza en Nueva York. Era de mediana edad, elegante, en apariencia soltera y extremadamente nerviosa, fumaba sin parar. A pesar de sus éxitos comerciales, parecía estar poco conforme consigo misma y con el mundo. Había hecho el viaje para descansar, al parecer sin gran éxito. A la *flapper*, una adolescente de familia muy rica, si mal no recuerdo de los millonarios tabacaleros Reynold, la habían enviado de viaje con una enfermera, también para descansar. Aparecía con vestidos nuevos constantemente, dando una impresión de muy mimada y distraída.

Mis reuniones de negocios en Nueva York se desarrollaron de forma satisfactoria. Se puede afirmar, sin peligro de exageración, que en ese momento el Banco Alemán Antioqueño representaba a Colombia a los ojos de los bancos de Nueva York. Todo el mundo quería trabajar con nosotros. Se ofrecieron nuevos préstamos, los anteriores fueron incrementados. El banco que demostró más afabilidad y mayor interés en una estrecha relación con nuestro banco fue el International Acceptance Bank (IAB). Este tenía apenas unos pocos años, pero ya podía ostentar grandes éxitos. Estaba bajo la dirección de Paul M. Warburg y algunos otros, en su mayoría expertos con experiencia, surgidos del negocio bancario inglés y alemán, entre ellos, en primer lugar, los vicepresidentes Nachman y Vogel. De este banco no solo se nos puso a disposición créditos por el monto de dos y medio millones de dólares, sino que también participaron en nuestro decidido aumento de capital, y si hubiera sido por ellos, habrían adquirido la totalidad de las nuevas acciones a repartir.

¹¹ Mujer joven.

También entablé amistad en el plano personal con los directivos del IAB. Paul M. Warburg, que después de la gran crisis económica de 1907 tuvo una posición sobresaliente en la fundación del Federal Reserve Bank, era considerado en ese momento, quizás, como la personalidad más importante en el negocio bancario internacional de Nueva York, y las conversaciones que tuve con él fueron muy interesantes e informativas. Warburg estaba sumamente interesado en informarse al detalle sobre las condiciones colombianas y siempre hacía escribir a su secretaria enseguida los puntos principales de nuestras conversaciones estenográficamente, en papel. Cierta vez por haber estado más de una hora con Warburg fui felicitado por los señores del banco. Según lo que me expresaron, Warburg era un hombre importante, muy ocupado en diversas cuestiones, sus minutos estaban contados y era una gran distinción que me dedicara tanto tiempo. En otra ocasión me invitó a almorzar con él; yo me ocupé en la comida y él observaba la mayor parte del tiempo, era de naturaleza muy débil y la mayoría de las veces enfermizo, por lo cual debía limitarse a una dieta en extremo austera. La relación establecida con Warburg en aquel entonces sería para mí de gran importancia varios años después.

Al inicio Warburg hubiera visto con gusto que el Banco Alemán Antioqueño gestionase todas sus transacciones de Nueva York exclusivamente a través del IAB. Pero logré convencerlo de que esto no sería lo más conveniente para ambas partes. Le señalé que permanentemente recibíamos transacciones importantes de otros bancos neoyorquinos y que estos también nos habían puesto grandes créditos a disposición. En el transcurso del tiempo el monto total de los créditos que se había puesto a disposición del Banco Alemán Antioqueño en Nueva York había ascendido a la importante suma de siete millones doscientos mil dólares, sin que el Banco Alemán Antioqueño hubiera tenido que ofrecer ninguna garantía. Todos los bancos me pidieron que los visitara con la mayor frecuencia posible: *We want to see from time to time the face of the man with whom we are doing business* (“Queremos ver de vez en cuando la cara del hombre con el que estamos haciendo negocios”), dijeron.

Estos grandes créditos fueron de mucho beneficio para el Banco Alemán Antioqueño, que los trabajaba con sumo éxito, y también eran rentables para los bancos neoyorquinos, lo cual era reconocido por ellos abiertamente. Además, demostraron ser muy seguros, lo que en aquel entonces no se podía decir de todos los negocios de los grandes bancos de Nueva York. Eran los tiempos de la llamada *Coolidge Prosperity*¹², que trajo excesos económicos muy graves. En ese momento parecía realmente que el dinero estaba tirado en

¹² Nombrado así en honor al presidente estadounidense Calvin Coolidge; 1923-1929.

la calle. Proyectos de índole muy dudosa podían ser financiados si se presentaban con suficiente habilidad. Colombia, para la cual la misión Kemmerer había hecho demasiada publicidad, había sido descubierta y se atosigaba al pobre país con un préstamo detrás de otro. En cuanto a las garantías, nadie se preocupaba por ellas. Una vez se me solicitó desde una empresa bancaria privada dar mi opinión sobre un folleto en el cual se ofrecía la venta al público de un nuevo préstamo para Colombia. Cuando dije con toda sinceridad que en primer lugar se describían las condiciones colombianas demasiado favorablemente y segundo que en mi opinión Colombia ya había tomado demasiados créditos, más de lo conveniente, el asunto fue dejado de lado con un comentario nada halagüeño con referencia a la inteligencia del público norteamericano en cuestiones de dinero.

En privado pude conocer, a través de invitaciones ocasionales, algo de los alrededores de Nueva York. Junto con Henry Ludeke y su en aquel entonces pequeña hija Lolita (su esposa había fallecido poco después del nacimiento de la niña), pasé unos días en Spring Lake, en la costa de Nueva Jersey.

Yo había informado por cable el curso de mis reuniones neoyorquinas a Bremen y ya estaba preparando mi regreso a Colombia cuando recibí un cable en el cual se me solicitaba, antes de regresar, hacer una breve visita a esa ciudad para comentar oralmente los asuntos con el Consejo de Supervisión, que debían ser tratados en la asamblea general, la cual tendría lugar en Medellín.

Pocos días después, partí en el Columbus a Bremen. Al llegar allí cumplí con mis reuniones de negocios en pocos días y hasta tuve algunas semanas a mi disposición, que dediqué a la familia, incluso hice una breve visita a mi madre y hermanas en Stettin. Infortunadamente no fue posible satisfacer el deseo de Erich de visitarlo con Elisabeth en Viena, debido al poco tiempo del que luego dispusimos.

Lamenté mucho haber encontrado al anciano señor Held en deplorable estado de salud. Mentalmente estaba tan activo como siempre, pero su fuerza física disminuía a gran velocidad. Mis pocas conversaciones con él fueron tan amenas como de costumbre. De forma amable me expresó varias veces su satisfacción por mi gerencia en el banco y me manifestó el deseo de que me mudara dentro de un tiempo no demasiado largo a Bremen, para ser su sucesor en el Consejo de Supervisión del banco, con cuyos otros miembros estaba cada vez más insatisfecho.

Aunque el anciano señor no tenía presente la posibilidad de una muerte cercana, y yo tampoco sentía deseos de finalizar mi actividad en Colombia tan pronto, por lo general parecía que mi traslado a Bremen era un hecho establecido. Así, un día me persuadieron varios amigos, creo que también el viejo señor Held, de comprar allí una casa con jardín grande y hermoso, ubicada en

la Klugkiststraße 5, aprovechando una oportunidad aparentemente favorable. Pero nunca la habité. Todo resultó de manera bastante diferente de lo que parecía en el verano de 1927.

Se había decidido que debía hacer una visita también a nuestras conexiones londinenses antes de mi regreso a Colombia, y para ahorrar tiempo así como por comodidad, resolví hacer el viaje a Londres en avión. En ese entonces era necesaria una parada intermedia en Ámsterdam con trasbordo de avión. Elisabeth y algunos amigos locales me acompañaron hasta el aeropuerto en Bremen, desde donde hice el primer tramo del viaje hasta Ámsterdam en un avión holandés que todavía estaba hecho de madera. Recuerdo el ruido ligeramente desagradable que se producía en las ranuras del avión cuando se movía en curvas. La segunda parte del vuelo de Ámsterdam al aeropuerto de Croydon, cerca de Londres, pude hacerla en un avión Junker, hecho íntegramente de metal y provisto de varios motores. Una placa de metal en el avión indicaba que era la misma nave que recién había cubierto para ese entonces el enorme vuelo de Berlín a Pekín ida y vuelta.

Pocos días en Londres fueron suficientes para finalizar mis asuntos de negocios, que transcurrieron de forma agradable, como había sido el caso en Nueva York. No me quedó tiempo para excursiones personales, excepto una o dos salidas al teatro y una gira por el Museo Británico. Era necesario apresurarse para llegar antes de la asamblea general fijada para el 26 de agosto de 1927 en Medellín, por eso había decidido viajar con uno de los veloces vapores bananeros de la línea Elders & Fife desde Avonmouth, el antepuerto de Bristol, a Santa Marta. El barco se llamaba, si recuerdo bien, Panuco, y aunque fue construido sobre todo para el transporte de bananos, estaba también equipado para llevar una cantidad aceptable de pasajeros. El viaje fue agradable, transcurrió casi siempre con buen tiempo, sin problemas. Creo que fue en él cuando vi, durante el cruce del mar Caribe, varias grandes trombas de agua, una detrás de otra, sin pausa. Era un panorama amenazante con el cielo oscuro. Me acuerdo del personal de servicio muy atento. Un empleado recién contratado para el banco, de mediana edad, Gericke, viajaba conmigo. Después de una corta estadía en Santa Marta viajamos en ferrocarril y barco de vapor a Barranquilla, pasando por Ciénaga.